



## ***Les mots de Sartre: un texto inclasificable***

Denise Ventura Schittine  
Pontificia Universidade Católica do Rio de Janeiro  
dschittine@yahoo.com.br

### **Resumen**

Ni biografía, ni ficción. El libro *Les mots* de Jean-Paul Sartre fundó un nuevo tipo de escritura que se sitúa en la tenue frontera que divide a estos dos géneros. En este denso y compacto texto –considerado por muchos como la obra prima del filósofo– Sartre usa las memorias de la primera infancia para hablar sobre su principal pasión: las palabras. Este ensayo procura diseccionar lo que este breve texto expresa sobre el artista y lo que en él es ficción. Oscilando entre fantasía y realidad, Sartre fue más allá de la autobiografía: realizó una “autocrítica”. *Les mots* es la trayectoria de un prodigio que precisó encarar el misterio de las palabras para entenderlas y moldearlas. Sólo cuando Sartre quiebra este encanto puede, al fin, tornarse escritor. Esta visión de atrás hacia adelante: de hombre maduro sobre joven pedante otorgará a este texto un carácter único. Después de escribir las biografías de tres grandes escritores - Jean Genet, Baudelaire y Flaubert – Sartre se vuelca sobre la propia. Sin reservas o piedad traza un retrato cruel, irónico y desapasionado de sí mismo. Aprovecha la suma de todas las lecturas de su vida para trazar este perfil. Inaugurando, así, una escritura, un discurso con las provocaciones del siglo XX.

**Palabras clave:** Jean - Paul Sartre - memoria - biografía - literatura

### **Introducción: Entre la realidad y la ficción**

El proyecto autobiográfico presenta diferentes grados de variación de escritor a escritor. La manera como los modernos van a entretener realidad y ficción, autobiografía y romance, trabajar con estas fronteras o la superación de las mismas determinará cada escritura autobiográfica. Sartre, por ejemplo, cuando pensó en escribir la continuación de su autobiografía *Les mots* en formato de novela retomó la fórmula de Gide: “Il serait temps que je dise enfin la vérité. Mais je ne pourrai la dire que dans une oeuvre de fiction.” (Lejeune 1996: 43). La segunda parte de la autobiografía, que sería una especie de “testamento político”, para usar las palabras del propio Sartre, terminó no siendo publicada. Sin embargo, *Les mots*, que pretendía ser apenas un relato de infancia, superó



las limitaciones del género y demostró ser más que una autobiografía: se transformó en un proyecto. Proyecto que combinaría la filosofía del individuo con la base del existencialismo sartriano. No es casualidad que, después de la Segunda Guerra, la filosofía de Sartre y el estructuralismo den origen de forma conjunta a una reflexión teórica más profunda sobre la autobiografía.

### De palabras y de libros

Cuando pensó en realizar la continuación de *Les mots*, Sartre tenía en mente escribir una novela en la cual pudiera colocar de forma indirecta su pensamiento político. La idea era introducir un elemento ficticio leve que hiciera que el lector sospechase que el personaje principal fuera él, Sartre. El proyecto continuó archivado, pero podemos decir que sus memorias trazaron el mismo camino. *Les mots* fue escrito con tal sofisticación y estilo que acabó siendo considerado por muchos críticos literarios sino el más totalizador, por lo menos una de las más grandes obras de Jean-Paul Sartre. No obstante, el género permanece inclasificable: oscila entre la novela, la autobiografía y el ensayo sin deber nada a ninguno de ellos. Se trata de una escritura íntima en estilo único, casi un ensayo sobre la autobiografía: una autocrítica.

En 1940, el mismo año en que trabaja en *L'Être et le Néant* y *La Nausée*, Sartre lanza una mirada crítica sobre su infancia en el suburbio de Meudon e posteriormente en la calle Le Goff, en París. En esta mirada, no se le escapa ningún detalle a la revisión sarcástica: el cuadro satírico de la familia Schweitzer, la situación de la clase burguesa y la autocrítica a sus propias imposturas.

Sin embargo, sin palabras, sin forma ni consistencia, diluido en esta inocente transparencia, una certidumbre transparente que arruinaba todo: yo era un impostor. (...) La comedia me sustraía del mundo y de los hombres: veía apenas papeles y accesorios ridículos que servían a los emprendimientos de los adultos, cómo podría tomar seriamente sus preocupaciones? (2000: 61-62)

A partir de un distanciamiento crítico, que le otorga su madurez, Sartre lanza una mirada sobre el pasado y su infancia. El niño que Sartre recuerda es diferente del yo actual y este juego le permite contar no solamente lo que sucede en otro tiempo, sino



que cuenta desde ese Otro que, al cabo de unos años, se transformará en el Sartre maduro.

Entre los ejercicios filosóficos, literarios y biográficos (recordemos que Sartre escribió las biografías de Jean Genet, Baudelaire y Flaubert), el autor decide producir su autobiografía dialogando con estos textos. En sus estudios, Gérard Genette explica que toda autobiografía es la expansión de la frase "yo me transformé en lo que soy". Sartre, en *Les mots*, convierte esta máxima en: "Yo me hice a mí mismo". El libro es la historia de cómo se transformó en escritor y, por lo tanto, no le falta al texto un dominio poético y crítico. No es casualidad que sea éste, precisamente, el último trabajo de Sartre. Detrás de un posible relato de infancia se erige un sistema de pensamiento, y en la osadía del lenguaje se busca una nueva fórmula de estructura autobiográfica: "Lo que acabo de escribir es falso. Verdadero. Ni verdadero, ni falso, como todo lo que se escribe sobre los locos, sobre los hombres. (...) Pero hasta qué punto creo en mi delirio? (2000: 51). El obstáculo ya es indicado por el propio autor. Existe allí un discurso intermediario, entre la investigación referencial y el análisis estético, que sale del discurso único por la verdad para llegar al intento de realizar una obra de arte.

La elección de un tiempo narrativo recae, entonces, sobre la infancia. Ya que, al contrario de lo que una serie de autores consideran el nacimiento como un mero hecho, Sartre hace de él un problema. Ve en el niño raquítrico el germen del hombre en el que se transformó: "Todo hombre tiene su lugar natural; ni el orgullo ni el valor le determinan su altitud: la infancia es la que decide." (2000: 45). *Les mots* no es un relato de infancia en el sentido tradicional del término, sino un acierto de cuentas, un resumen breve de cómo Sartre se situaba en el tiempo presente en relación a su pasado. La idea de escribir el libro en líneas de fuerza que después darían origen a un proyecto general ya había sido aplicada en uno de sus primeros textos, *L'Enfance d' un chef*. Varios elementos prestados de su propia infancia fueron utilizados en esta ficción. El primero y el último texto permanecieron, entonces, fieles a la obra completa de este escritor.

Autocrítica o autobiografía literaria, como quiera que se intente situar a *Les mots*, es posible distinguir dos líneas de formación de la escritura que, si bien apuntan a la misma dirección, son, de hecho, complementarios: la pasión por las palabras y los



libros y el uso de ellas para desarrollar la vocación como escritor. No es posible hacer una lectura de *Les mots*, y el título de por sí ya anticipa el sesgo autobiográfico, sin mencionar la figura el cuadro *El Bibliotecario* de Archinboldo: libros por todas partes. *Les mots* es una declaración de amor a las palabras y una muestra de que el hombre puede, sí, ser hecho de libros.

El testimonio de Sartre mostrará la trayectoria de salir de las "palabras muertas", impresas en una página, para adueñarse de ellas como un discurso propio: es una transformación de "locos de libros", esclavo de las palabras, guarda de ellas, bibliotecario y escritor. La génesis de toda pasión es, naturalmente, familiar, casi genética. Del padre, muerto antes de que tuviese edad suficiente para conocerlo, heredó una obra de Le Dantec y un libro de Weber denominado *Para o positivismo através do idealismo absoluto*. Terminó su propio destino – huérfano y edípico – matando lo que restó de su padre: vendió los libros. De su madre – la Ariadne que retorna a la casa de los padres con el hijo todavía enfermo y de luto reciente – trae el recuerdo de la primera lectura: como una estatua ella entraba dentro de los libros, les prestaba la "voz de yeso" para hacer que hablaran.

Sin embargo, es innegable la influencia del abuelo Charles Schweitzer, el patriarca: corpulento, protestante, hombre del siglo XIX y una de las muchas encarnaciones de Victor Hugo. El *pince-nez*, la barba voluminosa, la figura autoritaria como padre y como marido, aunque dulce como abuelo fue el espejo del niño y su fuente de admiración. Es Charles Schweitzer el primero que le presenta los autores a Sartre, de Hesíodo hasta Hugo: condenando a sus contemporáneos (de los cuales sólo consideraba a Anatole de France y Courteline), y nutriendo una preferencia secreta por los anónimos, por la humildad que tenían al no aparecer junto a las obras que ayudaron a construir. Traductor, profesor, escritor, Charles era el principal amante de la palabras dentro de la familia.

La aproximación de Sartre a los libros será, entonces, a través de la biblioteca austera que el abuelo organizó en su escritorio:

Comencé mi vida y he de terminarla en el medio de los libros. (...) No sabía todavía leer y ya reverenciaba estas piedras erguidas (...) rodeado de



monumentos atarragados, antiguos, que me habían visto nacer, que me verían morir y cuya permanencia me garantizaba un futuro tan calmo como el pasado. Los tocaba a escondidas para honrar mis manos con su polvareda. (...) (Sartre 2000: 31)

Estos objetos culturales pasaron a detentar un secreto para Sartre. Un secreto, que en un primer momento, sólo era compartido por los adultos. Requerían silencio, respeto y una serie de pequeños rituales que, aunque no los entendiese, se veía impulsado a imitar. La relación solemne que su abuelo tenía con aquellas "cajas que cerraban como si fueran ostras" era, de hecho, diferente a la de Louise, su abuela, que pedía prestado libros en las bibliotecas ambulantes.

Un niño solitario, sin amigos de la misma edad, Sartre hizo de los escritores sus confidentes, y de la biblioteca del abuelo su patio, el lugar de los juegos infantiles. Ella era como "un mundo encerrado en un espejo" y parecía infinita por su variedad e imprevisibilidad, semejante a la Biblioteca de Babel de Borges. Para Borges, así como para el pequeño Sartre, la biblioteca también era como un paraíso, en la cual era posible deambular y tomar por asalto la sabiduría humana. Empezó viajes áridos por autores inadecuados para su edad y descubrió en las enciclopedias una manera de materializar pájaros, personas y flores que aún no conocía. La mayoría de las veces el sentimiento en relación a los libros era de miedo: las páginas guardaban una sombra de palabras y pensamientos que escapaban a la comprensión infantil. Eran lecturas hechas, en su mayoría, para acceder de forma más rápida al mundo de los adultos, las ambigüedades aparecían y la angustia lo asaltaba: Charles Bovary surgía como un hombre barbudo, en harapos, dueño de un sufrimiento y melancolía que escapaba a la razón.

Las personas se metamorfoseaban en autores: Charles Schweitzer era Victor Hugo, Louise, una sutil realista como Voltaire. Debido a la dificultad de descifrar las obras y de conocer los autores, Sartre le daba la una única apariencia visual que conocía: la de los propios libros. De esta forma, ninguno de los escritores había muerto, estaban presentes en la biblioteca de Charles en versiones encuadernadas. Corneille era un gordo robicundo, arrugado, con lomo de cuero, que olía a pegamento", su severidad y vocabulario indescifrable se materializaban en el peso, Flaubert era un pimpollo "revestido de encajes, inodoro, salpicado de pecas" y finalmente, Victor Hugo, para



justificar su enormidad, era "múltiple, hacía nido en todas las estanterías al mismo tiempo". Heredó de esa relación con los libros el vicio de la familiaridad, y pasó a tratar a los grandes escritores como amigos próximos, estos hombres le pertenecían aún antes de aprender a leer.

Hasta ese momento, su encuentro con la lectura era el entretenimiento del universo adulto. Quería formar parte del significado de las frases que eran ofrecidas a los lectores maduros, aunque fuera despojado del sentido que producían. Las palabras, incomprendidas, se tornaban venenosas porque no poseían antídoto: eran demasiado ricas para entrar en la cabeza de un niño. La incertidumbre desorientaba a Sartre. Conoció el significado de algunas expresiones sólo quince años después y, en su memoria, todavía conservaban su opacidad: "(...) las frases se me resistían como las cosas. Las observaba, las reodeaba, fungía que me alejaba y retornaba súbitamente a ellas para sorprenderlas desprevenidas: la mayoría de las veces, conservaban su secreto" (2000: 37). Era el inicio del descubrimiento: las palabras generaban la ilusión literaria y podían enriquecer su significado sobre las cosas.

Dos momentos importantes hicieron que el pequeño Sartre tuviera la ilusión de que ya poseía el poder sobre las palabras. Claramente ambos sucedieron al desplazar sus lecturas hacia narrativas más apropiadas para su edad. El primer episodio ocurrió cuando, debido a su vanidad, al oír a su madre contar una historia, decide robarle el papel de narradora. En esa misma época su abuelo le regala los primeros libros infantiles y comienza a sustituir los relatos improvisados por los conocidos. A través del hábito de la repetición, ya adivinaba las palabras que se sucedían en cada historia. En el intento de unir las palabras con los signos impresos en los libros ingresa en el mundo como un lector. Las voces que hablan en el texto, el libro que cobraba vida a través de la voz de yeso de Anne-Marie, tenía ahora una nueva voz que le pertenecía. "Me volví loco de contento: eran más aquellas voces secas en su pequeños herbarios, aquellas voces que mi abuelo reanimaba con la mirada que él oía y yo no! Yo también iría a escucharlas, me llenaría de discursos ceremoniosos y sabría todo" (Sartre 2000: 36). Las hadas salían del libro. Entraban en su cabeza materializadas por la voz.



El segundo acontecimiento se dio en la presentación improvisada que la madre hizo a Sartre de las revistas infantiles de aventura. Intercalando las lecturas fuera de su edad que el niño se empeñaba en hacer, aparecieron los fascículos - *Cri-Cri*, *L'Épatant*, *Les trois boy-scouts* e *A volta do mundo en aeroplano* – que servirían para dar rienda suelta a su imaginación infantil. Estos libros devolvieron a Sartre la infancia robada y su capacidad imaginativa: “Le debo a estas cajas mágicas – y no a las frases equilibradas de Chateaubriand - mis primeros encuentros con la Belleza” (2000: 54). Además de las representaciones teatrales que hacía para su familia, realizaba estas lecturas, abría las revistas, entendía las palabras y olvidaba el mundo. Fue en estas historias en las que la “sangre corría a borbotones” donde extrajo sus primeras ideas de ficción. Mientras tanto, debía enfrentar la indulgencia herida del abuelo, que soñaba lecturas más complejas para su nieto, pero que sin embargo toleraba su “doble vida”. Sartre mantuvo el gusto por la para-literatura hasta su adultez, confesando que prefería leer las novelas de la *Série Noire* a los ensayos de Wittgenstein.

### Como se hace un escritor

A la inversa de lo que sucede con muchos relatos de infancia, *Les mots* no cumple necesariamente una cronología, pues tanto la introducción como el final del libro apuntan a una historia. Una historia que Sartre cuenta comenzando por el principio de la familia, el casamiento de sus padres, el nacimiento y llegando a los 11 años creyendo que su impostura fue la responsable por la formación de su carácter y de sus neurosis. Para rehacer la trayectoria de este Sartre que se convertiría en escritor, el relato fue dividido en dos partes: *Leer* y *Escribir*. En la transición entre ellas, hay algunos rituales de pasaje importantes para el crecimiento y para el descubrimiento de sí como escritor.

Su relación con la madre es de completa condescendencia. Precocemente libre de la autoridad del padre, establece un diálogo fraternal con Anne-Marie, como si ella fuese una hermana mayor: viven “de favor” en la casa del abuelo y dividen el mismo cuarto. A su modo, Anne-Marie alienta a su hijo en sus primeras lecturas, escuchas o escrituras. Mientras tanto, se topa con una barrera de aceptación fundamental: le



gustaría que Sartre fuera una niña. Se beneficia de la difícil convivencia que el niño tenía con su propio cuerpo y de la figura asexuada para dejar crecer la cabellera rubia, dándole así el "sexo de los ángeles". Cierta día, como para cristalizar la identidad masculina de su nieto, Charles Schweitzer decide cortarle los cabellos. La reacción familiar no fue cordial, la "niña" de Anne-Marie había sido cambiada por un niño. Escandalizada con la fealdad de su propio hijo, se encierra en el cuarto para llorar. "Mi abuelo parecía, por primera vez, totalmente desorientado; le habían confiado una pequeña maravilla y había devuelto un sapo" (Sartre 2000: 76). Allí se cercenó la tierna relación entre madre e hijo.

Frente a las miradas inquietas, Sartre ve naufragar su proyecto de ser bien visto. El teatro familiar se torna cada vez más difícil, el público escasea y el pequeño pasa a representar en falso, a conocer "los terrores de una actriz que envejece". Sin las miradas críticas de los amigos de su misma edad, limitado a la subordinación de los adultos, Sartre fue un niño que no conoció el espejo, el reflejo de sus pares. Cuando se observa descubre en su mirada la de una Medusa: que petrifica a los otros con su fealdad.

Desde temprano es tratado como una pitonisa dentro de una familia con la creencia de que la verdad sale de la boca de los niños. Él busca adecuarse a ese papel. Fuera de allí, las circunstancias mostraban las limitaciones naturales de su edad. Al ser matriculado en el Liceo Montaigne por su abuelo que, seguro de sus cualidades precoces, pide al director que lo coloque en tercer grado en lugar de primero, Sartre tropieza exactamente en las palabras. Incapaz de escribir un dictado, comente una serie de errores ortográficos que lo colocan en el nivel de escritura de su propia edad, aún cuando su lectura es avanzada. Charles prefiere no ver la inadecuación de su nieto: él era incomparable, genial, aunque tuviera que quedarse en la soledad de la isla familiar para no someterse a las reglas comunes. Sartre no se deja conmover por su papel: "era un niño prodigio que no sabía ortografía, era sólo eso".

Los intentos de escritura pasaron a ser alentados por su abuelo a través de una relación epistolar entre los dos forjada en poemas. Por medio de un diccionario de rimas, Sartre comienza a aventurarse en los versos que escribe para su amiga Vevé y también para Charles. Esta incursión fracasa cuando, finalmente, se empeña en escribir



una nueva versión de *Fábulas*, de La Fontaine, en verso alejandrino y la platea familiar le regala una crítica irónica. Así, prematuramente, elige lo que sería de su vida: pasa de la poesía a la prosa. Entusiasmado por las lecturas de los almanaques de aventuras que le regala su madre, se mete de cabeza en ellos para luego plagiar sus aventuras.

Uno de los aforismos de Cioran dice que "existir es un plagio". A juzgar por las primeras creaciones literarias de Sartre y la ayuda del teatro familiar, el autor estaría caminando no apenas para la representación de sí mismo como también para la imitación del estilo de otros autores. Su primer *Cuaderno de Novelas* se inicia con una ficción denominada *Por una Mariposa*: una aventura rocambolesca que usaba el mismo argumento y los mismos personajes de una historieta común. No se sentía un plagador, sino un autor original que solamente retocaba la narración. Y, extrañamente, lanzaba mano de los artificios descriptivos que, más tarde, iría condenar en Bousсенard y Julio Verne:

(...) en los instantes más críticos, cortan el hilo de la narración para lanzarse a la descripción de una planta venenosa, de un hábitat indígena. Como lector, saltaba esos pasajes didácticos; como autor, llené con ellos mi novelas (...) (Sartre 2000: 104).

Aún sin saber cuál sería el destino de los personajes, no se privaba de tomar el *Grand Larousse* y copiar párrafos enteros. Su mérito era hacerse fastidioso.

A pesar de los estímulos de su abuela y de su madre, faltaba la aprobación de Charles. La resistencia del abuelo tenía un motivo: alentaba otro proyecto para el pequeño. Le hubiera gustado que Sartre fuese la venganza alsaciana en la Academia Francesa, esperaba que se transformase en un gran profesor de literatura con una entrada con honores en la *École Normale Supérieure*. El otro recelo de Charles se centraba en la profesión de escritor. Después de ver a Verlaine embriagado y pidiendo dinero en un barsucho sucio pasó a nutrir un cierto desprecio por los escritores profesionales.

El defasaje entre el deseo del nieto y los sueños del abuelo es discutido en la primera conversación de "hombre a hombre" que Charles tiene con Sartre. Contrario a la literatura, Charles le mostrará un futuro académico espectacular a su nieto, en el que podrá ejercer un doble sacerdocio: ser escritor y también profesor. Un futuro que



terminaría con artículos, ensayos, *post scriptums*, pero nunca en literatura. Por primera vez, Sartre finge oír esa voz autoritaria, pero no la obedece. Con la esperanza de romper el encanto con el oficio de escritor, Charles somete a su nieto a los ejercicios más desagradables de descripción. "Yo observaba. Era un juego fúnebre y decepcionante: me plantaba frente al sofá de terciopelo estampado y lo inspeccionaba. Lo que tenía para decir?" (Sartre 2000: 116). En este proceso de iniciación debía renunciar a sus escritores preferidos, abandonar su lectura, para volver a los clásicos.

Con el paso del tiempo y la no confirmación de la posición de mártir o de héroe, comienza a asomarse su aptitud de escritor. El abuelo se niega a leer sus textos, su propia madre se olvida de sus primeras obras y el joven Sartre decide zambullirse clandestinamente en la intención de escribir. Es su primera aventura en solitario. Desconfiado de las proyecciones de su abuelo, Sartre se vuelca de forma obstinada en la escritura. En esta tarea, alentado apenas por el vaticinio del Sr. Picard ("Ese chico escribirá! Es perfecto para escribir!"), conoció las dificultades de la creación, del aburrimiento y de los primeros temores de impotencia y de falta de inspiración. Al adquirir la capacidad de escribir, pierde junto con ella la inocencia: "Comenzaba a descubrirme. (...) Escapaba a la comedia: todavía no trabajaba, sin embargo ya no jugaba aunque el mentiroso encontraba su verdad en la elaboración de la mentira." (Sartre 2000: 111).

Sabía que comenzaba a aproximarse, en todo, a sus pares, los escritores: fueron también niños raquíticos, jóvenes angustiados y adultos malhumorados. Pero insistía en forjar su propio futuro, hacer una proyección de la evolución de su autobiografía. Esa doble visión: que refleja su expectativa infantil y, al mismo tiempo, al adulto en el que se transforma es una más de las armas satíricas empleadas por Sartre.

### **Una autocrítica**

La construcción del mito de escritor es, una vez más, una marca autocrítica de Sartre. Es su manera de mostrar como en la infancia, por intermedio de su familia, adquiere la ideología de una clase: era el mito del poeta y del escritor en su gloria elaborado en el siglo XIX el que respondía a las angustias de los autores del siglo XX.



La muerte aparece nuevamente, pero no como el final de todo, sino como una pasaje para el reconocimiento. Era a través de ella y después de ella que renacería por la escritura, en veinticinco volúmenes *in-folio* que estarían en las estanterías de la *Bibliothèque Nationale*. Las palabras garantizarían su eternidad.

Este juego de máscaras en escena abierta, estos papeles desempeñados, sirven para mostrar al lector que al escribir su autobiografía Sartre podría también estar representando un papel: el de escritor, un hombre que ve en aquel niño el germen del intelectual en el que se transformará. Volvemos aquí a la idea de *Les mots* como un proyecto. Todas sus conductas manifiestan un proyecto fundamental y único elaborado en la infancia que termina formando al individuo. Como el propio Sartre lo explica en *L'idiot de la famille*, la biografía de Gustave Flaubert: "Une vie, c'est une enfance mise à toutes les sauces." Es necesario, entonces, identificar el proyecto y encontrar su origen, él estará invariablemente en los primeros años de su vida.

Su ateísmo, su autocrítica, la adoración por la libertad, todas estas matrices pertenecientes a un Sartre maduro se encuentran allí, de forma embrionaria, en *Les mots*. Y, en este caso, los hechos, acontecimientos y sentimientos no son apenas elementos que se organizan cronológicamente para constituir una historia, sino que son signos de un proyecto prestes a ser descifrados.

De todas las certezas del proyecto, por lo menos una se cumplió: la de ser escritor. "Desinvertí pero no evadí: escribo siempre. Que otra cosa podría hacer? (...) Es mi hábito y también mi oficio. Durante mucho tiempo tomé mi pluma como si fuese una espada. No importa: hago y haré libros; son necesarios; siempre sirven a pesar de todo" (Sartre 2000: 182). Con *Les mots* Sartre expande su proyecto de escritor al crear una nueva perspectiva para el género autobiográfico. Mezclando el discurso autobiográfico, filosófico y ficcional Sartre muestra que es posible en un relato de origen, de infancia, lanzar una mirada crítica sobre la totalidad de su obra.



## Actas del II Congreso Internacional "Cuestiones Críticas" Rosario 2009

Centro de Estudios de Literatura Argentina  
Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria / FHyA-UNR

### **Bibliografía**

Sartre, Jean-Paul (2003). L'énfance d'un chef. Paris, Gallimard.

----- (2002) L'idiote de la famille, Gustave Flaubert de 1821 à 1857. Paris, Gallimard.

----- (2000) As palavras. Rio de Janeiro, Nova Fronteira.

Lejeune, Philippe (1996) Le pacte autobiographique. Paris, Points.

Borges, Jorge Luis (2001) Ficções. São Paulo, Globo.